

del duque de Sully, uno de los señores que se honraban mas con la amistad de Voltaire. El autor del *Edipo* y de la *Henriada* trató en vano de lavar el ultraje con la sangre de su enemigo; el caballero de Rohan respondió al desafío del poeta haciéndole prender. Voltaire fué encerrado de nuevo en la Bastilla, donde permaneció seis meses. Todos le habian abandonado, y su presente humillacion habia oscurecido su gloria. Cuando salió de la prision, no experimentó dolor alguno al alejarse de amigos ingratos ó débiles, y de un gobierno que le habia hecho una grave injusticia, y se retiró á Inglaterra. Voltaire fué para los Ingleses lo que habia sido el desterrado Alcibiades para los Espartanos. Pareció admirarlo é imitarlo todo en el pueblo que le habia dado un asilo; aprendió á hablar y á escribir con gracia su lengua; dirigia su atencion hácia las nuevas ideas, los nuevos métodos y sistemas que hubiera podido llevar á su patria. El conocimiento de los complicados elementos de la constitucion inglesa no fué el principal objeto de sus estudios, y aunque la arbitrariedad de que habia sido víctima hubiese podido inspirarle el sentimiento de una fiera independencia, sus pensamientos sin embargo no tuvieron nunca por objeto un cambio político. Lo único que ambicionaba era combatir las preocupaciones, que eran, segun él, la causa mas frecuente del derramamiento de sangre humana. Y para este fin encontró grandes medios en Inglaterra, donde el espíritu filosófico se habia formado en mas de medio siglo, y cooperaba á mantener vivos los principios de la Revolucion de 1688.

Mientras las sectas religiosas habian cubierto de delitos y de discordias este reino, se discutian con calma las opiniones mas opuestas de los filósofos, y si alguna vez inquietaban á la religion, sin embargo no la desarraigaban del fondo de los corazones, ni del seno de las instituciones; así se ejercitaban los espíritus fogosos, moderaban su fuego, y quitaban la fuerza á las ideas sediciosas que en Inglaterra están siempre fermentando por la lucha de las facciones. El ateísmo habia dejado de existir á los golpes de la filosofía; Hóbbes, que en el siglo anterior habia anunciado este sistema, habia sido condenado al olvido, y los Ingleses que despreciaban en él á un partidario de la esclavitud, rechazaban con indignacion lo que quedaba de su doctrina. Si Shaftesbury, en su deísmo, habia dirigido golpes indirectos á la revelacion, esta habia encontrado un defensor en el doctor Clarke, que dió la demostracion mas rigurosa de la existencia de Dios. Locke en su lógica habia arruinado el método de Descartes, así como este habia destruido las doctas y tiránicas leyes que Aristóteles habia querido imponer á la razon. En Inglaterra los hombres mas religiosos no temian adoptar la lógica de Locke, porque aunque se le escaparon algunas proposiciones de que se apoderaron los materialistas, la sinceridad de este filósofo estaba atestiguada por la apología que habia hecho del Cristianismo. Newton habia llevado mas allá que Locke la sumision á los libros santos, y este gran genio cansado de sus prodigiosos trabajos se habia ofuscado por la manía de penetrar en la profundidad del Apocalipsis.

Estos ilustres filósofos no existian ya cuando Voltaire fué á estudiar la filosofía inglesa; sin embargo honraban á aquella nacion genios de otra especie diferente. Los deístas estaban aun en lucha con los defensores de la religion cristiana; los golpes eran dirigidos con mucha maestria, y lo que es mas extraordinario, con mucho calor. Los hombres de Estado parece que miraban estas disputas como ociosas mas bien que como funestas. Wolston, Collins y Toland eran los únicos que habian manifestado mucha violencia en sus ataques contra la revelacion, pero sus escritos poco sutiles no habian podido penetrar en el pueblo, ni entre las sociedades frívolas. El sabio Addison, y el ingenioso Steele, su prosélito, habian con-

seguido por medio de un periódico regularizar las opiniones, y aun se podria decir regularizar las costumbres de una nacion que aun no habia borrado las huellas del licencioso reinado de Carlos II. Los números del *Espectador* y del *Preceptor* difundian diariamente lecciones de filosofía moderada, de moral práctica y de una piedad exenta de supersticion y de artificio, que bastaban á hacer inútiles los esfuerzos de los mas poderosos adversarios de la revelacion. Á su cabeza estaba el lord Bolingbroke, que volvia entonces á su patria despues de un largo destierro. El partido político á que habia sido arrastrado por una porcion de circunstancias, uniéndole á la causa de los Estuardos, habia hecho que le mirasen como su esperanza los Católicos de Inglaterra; y sin embargo, la religion cristiana no tenia enemigo mas declarado ni mas peligroso que él; sufría mucho por no poder arrastrar á sus amigos á una hostilidad abierta contra la autoridad de las Escrituras. Uno de estos, Pope, era tambien sospechoso de deísmo, pero solo habia dado señales de esta doctrina en la *Oracion universal*. El doctor Swift, amigo tambien de Bolingbroke, que fué el que supo conciliar mejor que ningun otro la fuerza del sarcasmo con la de la lógica, no habia dirigido sus burlas mas que contra los papistas: causaba extrañeza que no hubiera acudido á la defensa de la religion amenazada, pero á lo ménos no se habia declarado enemigo suyo. En medio de las disputas de los filósofos, los Ingleses, tan afectos á sus intereses políticos ó comerciales, no sufrieron perturbacion alguna ni en sus opiniones ni en sus costumbres; todo seguia un curso regular; los obispos y los sacerdotes no invocaban el auxilio de la autoridad política, y los deístas hacian ménos ruido aun que los pacíficos cuákeros.

Voltaire viendo estos efectos que producía la libertad de pensar, desterró de su espíritu los pocos escrúpulos que tenia cuando estaba en Francia: lord Bolingbroke, que habitaba con él, animó su audacia, y le persuadió de que los Franceses hubieran podido recibir con poco peligro, como habian hecho los Ingleses, la libertad de discusion. Mientras Voltaire meditaba sobre las obras de Locke, y se dedicaba con ardor á los vastos estudios que exige el conocimiento del sistema del mundo de Newton; mientras que aguzaba con Swift la malignidad natural de su espíritu, y estudiaba en Pope el arte de unir pensamientos profundos á imágenes delicadas, y buscaba hasta en las producciones maravillosas de Shakspeare conquistas para la escena francesa, é inspiraba á los Ingleses el deseo de que se concluyese su poema nacional *La Henriada*, titulada antes *La Liga*, gracias á sus liberales suscripciones, empezaba á encontrar en su fortuna la independencia cuyo valor le habian hecho sentir su genio, su carácter y sus desgracias.

Poco despues de Voltaire llegaba á Lóndres tambien Montesquieu, para estudiar la constitucion inglesa, compararla con la de su país, con la legislacion de los pueblos antiguos y con la de los pueblos que procedentes de los bosques de Alemania mezclaron sus hordas conquistadoras con los miembros esparcidos del imperio romano, y sus bárbaras leyes con la de los señores del mundo. El viaje casi simultáneo de Voltaire y de Montesquieu á Inglaterra abrió un nuevo género de comunicaciones entre dos pueblos que se miraban con envidia. En el siglo anterior los Ingleses, incitados por el ejemplo de Carlos II habian imitado con vivo ardor las costumbres, los modales y las artes de Francia, tanto que el esplendor literario del reinado de Luis XIV habia obligado á sus poetas á aproximarse algun tanto á las reglas severas y al gusto refinado á que los Franceses habian debido su fama. Los Ingleses ademas se aprovechaban de los manufactureros refugiados en su país, en el momento en que Marlborough exaltaba con las derrotas de los Franceses el orgullo de su nacion, mientras la Francia

no habia aprendido nada de ellos exceptuando algunos descubrimientos en matemáticas. Voltaire, pues, volvió á su patria diciendo: « Imitad á vuestros vecinos, pensad libremente como ellos, usad de sus riquezas, perfeccionad lo que ellos no hicieron mas que principiar, y sobre todo no seáis extraños á lo que ellos han perfeccionado ya. » Montesquieu por el contrario se contentó con decir: « Estimad á vuestros vecinos, estudiad sus leyes, pero no olvidéis los principios de las vuestras, y aprended sus saludables efectos. » El cardenal de Fleury hacia sentir entonces suavemente á las letras y á las ciencias una autoridad que no era severa sino para los jansenistas. Y si no sabia inspirar grandes obras como Luis XIV habia hecho con el esplendor de su gloria, y quizá no deseaba ni aun que su ministerio se distinguiese por las producciones del genio, sin embargo miraba la literatura como un entretenimiento que aleja la atencion pública de los asuntos de Estado y deja mas seguros á los que los dirigen. Amaba mucho á Fontenelle, y consultándole acerca de las letras y de las ciencias, sentia calmarse sus escrúpulos con las palabras del filósofo. Tambien se habia inquietado algun tanto cuando Montesquieu, antes de su viaje á Inglaterra, habia sido presentado para una vacante en la Academia francesa, contra la cual habia dirigido epigramas en sus *Cartas persas*. Sin embargo, persuadieron á Fleury de que si los literatos consentian en olvidar un insulto, el gobierno debia hacerlo tambien, de modo que Montesquieu fué admitido en aquel cuerpo por las mismas razones que le hubieran excluido á los ojos de los ánimos apocados. Despues de este ejemplo de indulgencia, Voltaire se creyó seguro de todo peligro y puso muchas veces á prueba la paciencia de un ministro que admiraba su talento, pero que tenia una vista demasiado ejercitada para no penetrar sus intenciones.

El *Bruto*, tragedia representada en 1730, fué el primer fruto de la residencia de Voltaire en un pueblo orgulloso de su libertad. Pero al pintar las terribles virtudes de los primeros Romanos, estaba muy lejos de querer excitar en su patria un entusiasmo fanático por un género de libertad incompatible con sus costumbres: solo habia querido demostrar la energia de su pincel, y ver florecer

La liberté politique  
Sous l'ombrage sacré du pouvoir monarchique.

Esta tragedia, si por una parte dió poco que temer, por otra conmovió los ánimos débilmente, y la molición de un gusto tímido se asustó al oír una voz mas resuelta y severa que todas las que se habian oído desde Corneille. Pero el sentimiento que le causó un éxito nada mas que mediano fué una feliz inspiracion para Voltaire, que escribió entonces la *Zaira*.

Hasta entonces parece que no habia imitado mas que á Corneille ó á Racine, acercándose á ellos, pero sin poder igualarlos: tenia un orden regular, y un estilo que tendia siempre á perfeccionarse con un escrúpulo muy conveniente. Pero despues se decidió ó fué obligado á entregarse á un impulso mas ardiente y ménos tímido: ninguna obra ofreció en tan alto grado el placer de una súbita inspiracion como la *Zaira*; ni *Andrómaca*, ni *Ifigenia* habian hecho derramar una lágrima; *Zaira* despertó la misma pasion, los mismos sentimientos que debió sentir su autor en los pocos dias que tardó en concebirla y escribirla. Pero la critica no tardó en librarse del prestigio que habia parecido inevitable, temiendo muchos que se sustituyese en el teatro frances la peligrosa facilidad de los golpes de escena y de las situaciones sorprendentes á aquella preparacion noble y solemne que parece llama á la razon á tomar parte en las grandes emociones del corazón. El estilo de *Zaira* presentaba sin embargo al lado de los mas felices versos, trozos solo de es-

pléndido artificio; por lo cual se decia: « Tiene el profundo sentimiento de Racine, pero no su continua perfeccion. »

Parecia que un éxito tan brillante alejaria á Voltaire de peligrosos proyectos. Acariciado por la fortuna en todas sus tentativas, secundado por Paris-Duverney, feliz y prudente en sus especulaciones, era ya opulento despues de su vuelta de Inglaterra, no tenia sobre sí las cadenas de los grandes, y se habia librado tambien de las que imponen las sociedades frívolas. Entre los literatos mas envidiosos habia algunos que cedian al poder de sus beneficios, y otros le estaban sumisos por los ingeniosos homenajes con que satisfacía su vanidad. Le amaba tiernamente madama Chatelet, señora distinguida por su posicion, por su talento y por su carácter, que comentaba á Leibnitz y á Newton, y que le aconsejaba que desistiese de sus proyectos. Pero comprometió toda esta felicidad con la publicacion de las *Cartas inglesas*, en el mismo año de 1734 en que apareció un monumento mas imponente y duradero del espíritu filosófico, la obra de Montesquieu sobre las *Causas del engrandecimiento y decadencia de los Romanos*. Montesquieu dedicó este cuadro de la nobleza romana, y Voltaire el de la filosofía inglesa, á los ánimos que se habian entusiasmado con los milagros del diácono Paris. Estos dos hombres cuyos genios no desdaban las formas del bello espíritu, marchaban el primero por un camino aun no pisado por nadie, y el segundo por otro camino por donde causaba admiracion que se atreviese á dirigir sus pasos un poeta. Aquel daba á la prosa francesa un estilo ingenioso, profundo y sublime; este una correccion natural y una gracia fácil y satírica, que no habia conseguido tener el siglo de Luis XIV. La obra de Montesquieu no tenia modelo, porque en el modo de juzgar los hechos históricos se colocaba en un tribunal mas alto que el de Tucídides, el de Polibio y el de Tácito: el asunto de Voltaire era ménos vasto y original, pero producía un sentimiento mas vivo.

Montesquieu fué antes aplaudido que comprendido enteramente; habia hablado á hombres de Estado, de los cuales habia pocos en Francia en un tiempo en que la política exterior no era emprendedora, y en que frívolas disputas absorbían la atencion de los ministros, de los sacerdotes y de los magistrados; pero en que el espíritu gozaba en ejercitarse, en examinar los intereses, la marcha y las diversas combinaciones del gobierno. Los sueños filantrópicos del abate de Saint-Pierre, la novela feudal del conde de Boulainvilliers, las consideraciones profundas é ingeniosas del abate Dubois sobre el origen de la monarquía francesa, tenían despierta aquella curiosidad que por primera vez habia excitado el gran libro del *Telémaco*. Montesquieu no la dejó enriar; el público creyó encontrar los toques de Corneille en aquel gran pintor de los Romanos; pero el filósofo lejos de ceder á un ciego entusiasmo por los conquistadores, mostró claramente su astuta política, su orgullo inhumano y las rígidas virtudes de su patriotismo, é indagó las grandes miserias de su decadencia con la misma franqueza con que habia pintado el prestigio de su prosperidad. Uno de los méritos mas positivos de Montesquieu, y que causa gran placer á sus compatriotas, es que despues de haberlo leído están mas satisfechos de ser Franceses.

Las *Cartas inglesas* iban dirigidas contra dos grandes autoridades del siglo anterior que dominaban en el siglo XVIII, Descartes y Pascal. Sin embargo, Voltaire combatiendo las ideas innatas del primero, y elogiando mas bien que explicando la lógica de Locke, entonces apenas conocido en Francia, en vez de buscar aplicaciones mas justas y mas extensas de un método que dirigiese todos los conocimientos humanos, le hizo aparecer de un modo tal que asustó á las personas religiosas y morales. Fundó principalmente su

obra en una hipótesis, que Locke no desarrollaba en manera alguna, es decir, que Dios pudo dotar á la materia de la facultad de pensar. Atacaba el sistema del mundo de Descartes, que hacia medio siglo trataban de defender contra el de Newton los mas doctos Franceses, el clero, los magistrados y hasta las mujeres. Sus observaciones sobre los pensamientos de Pascal descubrian bajo formas superficiales y malignas un proyecto en que empleó el ardor y la actividad de su carácter, el de destruir las bases del Cristianismo. Los partidos y los cuerpos del Estado se conmovieron todos; los jansenistas, indignados por un ultraje hecho á Pascal, produjeron tal ruido que los molinistas y los mismos ministros no quisieron darles una satisfaccion completa, y aunque las *Cartas inglesas* fueron condenadas de mil maneras, su autor fué respetado. Este sin negar su obra clamaba contra el hurto, la infidelidad y la traicion: un amigo imprudente, un librero, un encuadernador, habian falsificado su manuscrito: esta es su apología. Con mucha frecuencia tuvo que repetir excusas de este género, por citar ó imaginar hechos que el historiador puede evitar el dar á luz. Voltaire hizo una triste necesidad, ó un juego mas triste aun, de estas suposiciones de nombres y de hechos, de estas salidas ingeniosas, de estos subterfugios, que confundian el espíritu con vergonzosas combinaciones, que hacen sospechosa una doctrina por los medios clandestinos con que se divulga, que parecen tan ajenos del filósofo como de la verdad. El guardasellos Chauvelin y el mismo cardenal de Fleury, por conviccion ó por afecto á Voltaire, le libraron de sus enemigos; una visita al campo de Philippsburg puso término á la borrasca suscitada, y él concluyó por reirse de sus temores y por querer continuar su oposicion.

Estas *Cartas inglesas* recuerdan uno de los mayores servicios que Voltaire hizo á su patria. Los repetidos experimentos de los Orientales y de los Ingleses sobre la inoculacion de la vacuna fueron explicados en esta obra con tanta claridad y sencillez en los hechos, que indujeron á muchos padres y á muchas madres á adoptar una precaucion saludable y valerosa. Á Voltaire siguieron otros médicos; pero la preocupacion opuso muchos escrúpulos á este remedio de uno de los azotes de la humanidad. ¿Y cómo se conservan el espíritu de costumbre y la indiferencia en una nacion curiosa y votable! La inoculacion admitida lentamente en las clases opulentas é ilustradas, no penetró en el pueblo, y aun el gobierno permaneció espectador casi indiferente de aquellos grandes experimentos, que agrada recordar en el momento mismo en que un remedio mucho ménos peligroso y por su naturaleza mas universal, persigue en todos los puntos del globo la enfermedad mas funesta á la poblacion.

El éxito del *Espíritu de las leyes*, publicado en 1748, estuvo por mucho tiempo indeciso. Esta obra desagradó á los magistrados, á quienes debia servir de guia, porque no defendia su gravedad; los políticos hicieron presente que el autor se habia cuidado muy poco de sus pequeñas combinaciones del día; algunos espíritus tímidos temieron al ver en esta obra cierta apariencia de desorden, ó mas bien cierto desprecio al orden vulgar. Muchas personas de experiencia y aun algunas mujeres irritadas por no poder seguir los profundos pensamientos de Montesquieu, afectaron que les desagradaban los adornos y los rasgos de talento que tanto prodiga. El clero, que se sentia arrastrado por la política, por los peligros y por el terror á los principios ultramontanos, se lamentaba del modo incitante aunque indirecto con que el autor aconsejaba á la autoridad civil á conservarse independiente de la eclesiástica. El rey, madama Pompadour y algunos ministros preguntaban á los cortesanos qué pensaban de aquella obra, no sabiendo juzgarla por sí mismos. Se escribían refutaciones de ella en ménos tiempo del necesario para meditarla. Y parecia que esperaba un

gran premio el que supiese encontrar en ella frases satíricas é impías. Aunque Montesquieu no estaba ligado á los filósofos por ninguna intimidad personal ni por espíritu de partido, estos, sin embargo, se unieron para defender su obra, y siempre tiene elocuencia la admiracion sentida profundamente. En rasgos que no habian parecido mas que ingeniosos, se descubrieron despues pensamientos fuertes, exactos y sublimes; donde se habia creído que habia desorden se descubrió la armonía, y la inteligencia se dedicó á llenar las lagunas que Montesquieu habia dejado como á propósito para dar mayor vigor á los que querian seguirle. Un genio original, un pensador profundo hace sentir un placer singular; cada lector se ve inclinado á creer que él es el único que puede apreciarle y entenderlo bien, y como el autor, se sale fuera del vulgo. Al cabo de pocos años las personas mas frívolas hubieran temido dar de sí muy pobre idea si no hubiesen manifestado una altísima admiracion por el *Espíritu de las leyes*.

Montesquieu se propuso dar á conocer profundamente á los Franceses las ventajas de vivir bajo una monarquía templada. Porque aunque atribuye mayor energía á las repúblicas, y lleva demasiado adelante la admiracion á algunos principios democráticos, sin embargo, les da tan estrechos limites en cuanto al territorio y en cuanto á su duracion, que la atencion se desvia repentinamente de un gobierno casi ideal. Montesquieu aconsejaba á las naciones, tanto que moderasen su amor á la libertad como que no desearasen nunca de conseguirla. Busca en las instituciones políticas el justo medio, en que se concilia la libertad con el orden. Antes de él el despotismo habia sido demasiado frecuentemente objeto de declamaciones triviales; Montesquieu supo infamarle solo con definirle; y la concentrada indignacion con que descubre sus inmutables efectos, produce una impresion mas fuerte que la vehemencia de los filósofos y de los oradores antiguos. Todos los contemporáneos de Montesquieu participaron de su odio al despotismo, y las inteligencias no olvidaron ya nunca el cuadro que habia delineado de las miserias y de los perpetuos horrores de la esclavitud oriental. El mismo Luis XIV, si hubiera vivido aun, no se hubiese atrevido á enviar el poder de los sultanes; Luis XV no imitó á los déspotas de Asia mas que en la molición. También los ministros que querian realizar ó aumentar su autoridad, evitaban las instituciones que parecían un yugo humillante. Y si el despotismo se mantuvo en algunos Estados de Europa, en que estaba establecido casi legalmente, tomó por fundamento la moderacion que Montesquieu habia dicho era propia del gobierno aristocrático.

Los antiguos, excepto Aristóteles, apenas habian vislumbrado los caracteres particulares de las monarquías templadas; Montesquieu, por el contrario, da á conocer á cada paso una juiciosa predileccion por este sistema de gobierno. El tiempo, en su vasto cuadro, aparece como un bienhechor invisible y constante de todos los pueblos que no desprecian su poder. No se escapa á Montesquieu ninguna institucion, ni las costumbres, ni los usos que en tiempos difíciles pueden conservar la libertad. Reprueba el abatimiento que prepara la esclavitud y la hace mas vergonzosa; resuelve el problema mas difícil de la ciencia política, el que demuestra que las instituciones liberales pueden sobrevivir á la energía del carácter y á la pureza de costumbres. Montesquieu, fundando el gobierno monárquico en el principio del honor, no le daba ya una base ideal ó frágil; era un rasgo de genio el asociar de este modo el sentimiento de la gloria al de la libertad, una pasión indestructible en los Franceses con otra que solo parecían que conocen á intervalos.

En el *Espíritu de las leyes* los cuerpos poderosos, cuyo orgullo parece pesar sobre el pueblo, se presentan bajo un nuevo aspecto y como custodios de la

libertad pública, colocados al lado del trono, no tanto para aumentar su esplendor como para oponer una útil y perpétua barrera al poder absoluto. Sin embargo, el autor dejó mucho que desear respecto de este punto: los restos del feudalismo le infundieron un respeto supersticioso, y él que tan bien conocia la fuerza del tiempo, no supo ver que la *antigua encina* del feudalismo no podia ya resistir á los golpes que le daba el siglo. Para examinar sus raíces, penetró demasiado adentro en los tiempos oscuros, en el origen de la monarquía francesa, y esta fué la única vez que, interrogando á la historia, no dedujo de ella verdades luminosas. Tomó á su cargo refutar el sistema de Dubos, juzgándole como cosa de poco valor en cuanto á su sagacidad y á su profundidad en las indagaciones. Los nobles, á quienes se mostraba favorable Montesquieu, no recibieron de él lecciones bastante claras sobre el modo de conservar sus derechos á costa de cualquier sacrificio, de ceder al tiempo lo que el tiempo arrebatava, y de obtener de este una existencia nueva. Montesquieu demostró sobre todo que era un gran filósofo y un gran político en el examen de las relaciones de la potestad civil con el sacerdocio, y su mente acostumbrada á leer en lo futuro previó que estaba próximo el tiempo de la tolerancia, y por lo tanto al recomendarla lo hizo con moderacion y reserva. El autor del *Espíritu de las leyes* expiaba respecto de la religion cristiana los errores del autor de las *Cartas persas*.

Aunque Montesquieu no habia manifestado nada directamente en favor de las pretensiones de los parlamentos, estos no tardaron en valerse de los principios del *Espíritu de las leyes* en su larga lucha con el clero y con la autoridad real. Habia demostrado tan bien los efectos del gobierno representativo que los Franceses trataron de consolarse de haber perdido los Estados Generales, secundando la ficcion, gracias á la cual los parlamentos parecían haber sucedido á las asambleas nacionales; desde entónces en los diversos actos de aquellos cuerpos judiciales, y sobre todo en sus representaciones, pudo descubrirse una teoría de derecho público mas elevada que aquella en que hasta entónces se habian fundado. La nacion fué agradecida á los que tomaban la defensa de sus derechos, y hasta los ministros se vieron obligados á respetar el modo de interpretar las constituciones del reino, cuando estas parecían aproximarse á una libertad moderada. Por desgracia, la saludable influencia del *Espíritu de las leyes* fué contrastada por el *Contrato social* en que Juan Jacobo Rousseau se perdió en hipótesis, cuya vanidad habia conocido Montesquieu y cuya frivolidad habia desdeñado; por los pensamientos tóxicos é inaplicables del abate Mably, que en las orillas del Sena soñaba como un ciudadano de Esparta ó de Roma, y pedía siempre mucho mas de lo que pudiera obtener, y por las declamaciones cuyo gusto inspiró el imprudente y fogoso Diderot á muchos de sus discípulos y especialmente al abate Raynal.

Montesquieu era el primero que habia puesto de manifiesto los abusos de la jurisprudencia criminal, y esta parte importante y útil de su obra fué abrazada con ardor por los filósofos y por algunos magistrados. Muchos usos crueles y transmitidos por la barbarie, y particularmente el tormento, despertaron no ménos horror que las instituciones del fanatismo. La jurisprudencia civil, á que habia dado el sabio Domat á fines del siglo XVII no poca luz investigando el espíritu de las leyes romanas, fué mucho mejor aclarada por la obra de Montesquieu. Pero el canceller d'Aguesseau, avaro de las ordenanzas con que honró la legislación francesa, reprimió el gusto de las reformas, como si hubiese presentado hasta qué punto se debia abusar algun día de la facilidad de multiplicar las leyes. Sus sucesores heredaron mas sus temores que su sabiduría. La gloria que conquistó Montesquieu excedió con mucho á la que pueden ambicionar los

literatos, porque fué mirado como el legislador de las naciones. Pero su firme y tranquilo ánimo no se dejó seducir. Siempre se sustraía á la curiosidad del público, nunca se hacia tributario de sus admiradores, ya viviese en la sociedad, donde brillaba con grandes rasgos de ingenio, ya se abandonase á los placeres de la soledad, y buscarse la distraccion en la amenidad de un jardín, que fué el primero que hubo en Francia arreglado á la inglesa, entre la ternura de la familia y el afecto de los campesinos. Tenia amigos fieles, porque no los habia elegido por su fortuna ni por sus glorias. Seguía en su vida un orden tan real y de poca apariencia como el que se descubre en sus grandes obras. Sus frecuentes viajes manifestaban, al parecer, una inquietud vaga ó cierta indiferencia por su propio país; pero cuando volvía, dejaba conocer fácilmente que solo el deseo de saber habia dirigido sus pasos y que siempre tenia á la patria en el pensamiento. Fué mas feliz que Fontenelle, porque no tuvo egoísmo, y solo despues de su muerte se supo de muchos á quienes habia hecho beneficios, porque vivo no lo habia dejado sospechar nunca. Luis XV no creyó que debia llamar ni una vez siquiera á dirigir sus consejos al autor de la obra *Sobre la grandeza y decadencia de los Romanos* y del *Espíritu de las leyes*, pero Montesquieu no se admiró de ello, estando satisfecho con vivir en paz con los hombres poderosos. Murió en 1773 á la edad de sesenta y seis años, cuando el espíritu filosófico tenia mayor necesidad de este moderador.

Muchos legisladores se ofrecieron á dirigir la novedad de costumbres y de opiniones. El ateísmo buscó un velo con que encubrir su deformidad; el materialismo contradiciéndose, se enterneció con los males que atribuía á la ciega necesidad, y se armó de elocuencia para combatir pasiones y delitos que con sus tristes raciocinios habia sin embargo absuelto ántes: hombres friamente exaltados hacían mil profecías sobre el bienestar del género humano: la probidad, el honor, la civilizacion, el amor á la humanidad parecían ya cosas tan sencillas que se trataba de regularizar sus principios como un cálculo aritmético.

Estos nobles sentimientos fueron sometidos á un análisis, de la cual se decía que saldrían mas puros y mas fecundos, pero que en realidad no producía mas resultados que corromperlos.

Tal habia sido la imprudente y censurable empresa del filántropo Helvecio, que hubiera evitado la acusacion de calumniar á nuestra naturaleza si la hubiese juzgado segun su propio corazón. Pero este pretendido discípulo de Locke hizo con la doctrina del filósofo inglés lo que Espinosa con la de Descartes, con la diferencia de que este por la oscuridad de su sistema y de su estilo, no produjo mas resultado que agitar á alguno que otro visionario; mientras que Helvecio, hombre de sociedad, quiso agradar á aquellos á quienes habia quitado el placer y el consuelo de los sentimientos religiosos, del amor, de la amistad y de los afectos domésticos. Justificado el egoísmo, el hombre tuvo que embellecerle y dirigir su muelle indulgencia hacia un cómodo amor de la humanidad. El libro del *Espíritu* fué al principio censurado por la mayor parte de los filósofos, y hasta las mujeres se declararon contra el profanador de los sentimientos que constituyeron su dominio; pero despues que la Serbona condenó la obra, y el parlamento anunció que trataba de proceder contra el autor, los literatos y los hombres de sociedad, y especialmente las mujeres, se unieron para protegerle; Luis XV se acordó con gratitud y cariño de su primer médico, padre de Helvecio, y una orden del consejo salvó al autor, prohibiendo su obra. Conocidas sus buenas cualidades y su beneficencia, sus principios parecieron ménos desagradables y funestos; esto no obstante solo tuvieron un número muy corto de partidarios, porque eran muy pocos los que se atrevían á confesar que referían to-

das sus acciones al interes personal, y este pudor salvó á la sociedad.

Desde el año 1758 al 70 la literatura francesa se vió deshonrada por una porcion de obras en que se profesaba abiertamente el ateísmo. Sus autores, imitando vergonzosamente una estratagema inventada por Voltaire, las anunciaban como obras póstumas de literatos oscuros y modestos; fraude infame que hacía que un hombre circunspecto y devoto como había sido Mirabaud, fuese presentado despues de muerto como un ateo enérgico, que ofreciendo un veneno, gritaba: *¡Este es el remedio mas saludable! ¡Yo soy el bienhechor del género humano porque le libro de Dios!* La crítica trató de atribuir estas obras á sus verdaderos autores, y el nombrarlos hubiera sido castigarlos. ¿Dónde se encontrará un hombre que haya recibido una bella inspiracion del *Sistema de la naturaleza*, de los *Tres impostores*, del *Buen sentido*, del *Ensayo sobre las preocupaciones* atribuidas injustamente á Dumarsais, y de otros mil escritos en que un razonador sofístico se pone, quizá sin saberlo, en comunicacion con la conciencia del hombre culpable y vicioso? Ninguno de estos autores expió, ni aun con la mas ligera persecucion, su odiosa tentativa, y la circulacion de sus obras no encontró sino aquellos obstáculos que hicieron que se buscasen con mayor avidez. Pero los escritores y los hombres públicos, que honraban entónces á la nacion, nunca hablaron de ellos sino con horror, y los verdaderos filósofos prácticos Turgot, Malesherbes, Trudaine, y los publicistas laboriosos que secundaban sus benéficas combinaciones, deploraron estas aberraciones del espíritu. El mismo Voltaire, renunciando al interes de partido, protestó contra los principios y el objeto de aquellos que decian se colocaban bajo sus banderas. Literatos que comenzaban entónces su carrera con muy buen éxito, Thomas, Marmontel, La Harpe, anunciaron que el ateísmo no pervertiría nunca su razon; que el ateísmo que parece revelar alguna mala inclinacion del corazon, debería esconderse en la soledad, y no echar raíces en un suelo como el de Francia, donde los dulces sentimientos del alma exigen campo para dilatarse. Las obras dirigidas contra la revelacion cristiana fueron mucho mas numerosas, y si hubo algunas marcadas por la grosera licencia que acompaña siempre á la irreligion, hubo otras muchas adornadas, por desgracia, con todas las gracias mordaces del estilo, como las de Voltaire, ó que llegaban á las mas delicadas sutilezas de una falsa dialéctica, como las de Juan Jacobo Rousseau.

La ambicion de Voltaire no podia ser ni limitada, ni dominada. Tenia mas filosofía en la cabeza que en su carácter, y ni el amor de la gloria le libraba de las inquietudes de la vanidad. La humanidad, noble sentimiento á que era deudor de sus mas bellas inspiraciones, no servia para contener las indiscretas sátiras de su espíritu innovador. Vivía en el retiro de Cirey cerca de una amiga que tenia mas ardor en deseárselo el bien que habilidad para procurarsele con una constante serenidad. Solitario sin recogimiento y especialmente sin tranquilidad, dedicábase á trabajos que debian hacer resonar su nombre en cien lugares y de cien maneras diferentes. Y ya fuese que quisiera solamente manifestar la flexibilidad de su inteligencia, ó que le incitara el deseo de igualarse á los sabios, que había aprendido á admirar, lo cierto es que seguía los estudios de madama Châtelet, se armaba del telescopio y del compas; interrogaba á Clairaut y á Bernouilli, adulaba á aquel mismo Maupertuis cuya enemistad le fué despues tan funesta; obtenia un *accessit* en la Academia de Ciencias, escribía los *Elementos de Newton*, y desafiaba ó conseguía eludir alguna vez la cólera del cartesiano d'Aguesseau. En fin, aunque parece que se mezcló poco en las ciencias, lo cierto es que era jefe de partido, y del partido que triunfó. Al mismo tiempo escribía la *Historia de Car-*

*los XII*, que es quizá el modelo mas perfecto de narracion que puede presentar la lengua francesa, y donde, mientras maldecía la aficion á las conquistas, despertaba un gran interes por un conquistador desgraciado. Imitaba á Pope y quizá le superaba en los *Sermones sobre el hombre*, tesoro de buen sentido, de naturalidad y de poesía. De cuando en cuando parecía abandonar su empresa de combatir la religion; pero la seguía en sus trabajos clandestinos. En la *Epistola á Urania* descorria del todo el ligero velo, que había conservado en las *Cartas inglesas*, y ocultándose bajo el nombre del abate Chaulieu, muerto hacía algunos años, evitaba una persecucion con una mentira que deshonraba su carácter. Sin embargo, inesperadamente sufrió la persecucion por la graciosa y elegante burla del *Mundano*, y no sirvió para salvarle *Alcira*, representada en 1736, que es uno de los mas sentimentales homenajes tributados á las nobles y tiernas virtudes del Cristianismo: lo único que consiguió fué que no se llamase destierro el viaje que le fué mandado hacer.

Despues de algun tiempo Voltaire pudo volver á Cirey. Aumentándose cada dia, en aquella mente tan voluble como vasta, el deseo de fama, mezclaba con las producciones que manifestaban todo el vigor de su genio otras muy inferiores á los brillantes ensayos de su juventud. Algunas veces tambien en la tragedia, todos los medios que poseía para sorprender y seducir los ánimos, perdian su mérito empleados en un argumento estéril. En sus odas no podían ocupar el lugar del entusiasmo la razon, la elocuencia y la nobleza, y veía turbado el placer de sus triunfos por el dolor de no poder vencer á su rival Juan Jacobo Rousseau. En la ópera fué siempre muy inferior á Quinault y tambien á Lamotte. Se ejercitaba en la comedia con mas trabajo que resultado; su espíritu mordaz no podia encontrar lances festivos; su inspiracion fácil, la frescura del colorido, y hasta la pureza del gusto le abandonaban cuando quería ser cómico. Despues de haber seguido tan desgraciadamente las huellas de Molière, á quien admiraba, se contentaba con interesar á los espectadores imitando los recursos de La Chaussée, á quien manifestaba injusto desprecio. En el siglo XVIII, á juzgar por las producciones literarias, no se conoció mas chistosidad que la que hace sonreír; Voltaire la poseía en grado eminente, y se conservó especialmente por él. De esta chistosidad presentó un modelo bastante gracioso en la novela del *Zadig* y en casi todas sus poesías ligeras. Pero ¡qué vana ostentacion de libertinaje, que furioso deseo de insultar á la honestidad, á la religion, á la patria y hasta á la gloria, le hacía principiar en Cirey, á la vista de su amiga, aquel poema cuya fábula absurda, mal urdida, y monstruosamente obscena, resplandece en vano con los rasgos del ingenio y con los mas variados adornos de la poesía! ¡qué recreacion era esta para tantos trabajos, que aumentaban y difundian por todas partes la gloria de la literatura francesa! Con los ojos aun húmedos de las lágrimas que había debido derramar al pintar el arrepentimiento de Guzman, y el corazon de una madre en Merope, despues de haber llorado sinceramente los males de la sociedad, Voltaire insultaba todas las leyes, escribiendo el poema de la *Doncella*, y cubriendo de un opróbrio ingrato é incomprendible el nombre de la heroína que salvó á la Francia. De tal modo, en la edad en que todos los hombres aman el freno de la moral y de la decencia, Voltaire destilaba el veneno de que se había impregnado en la juventud bajo la Regencia. El poema de la *Doncella* conserva el sello de las costumbres de aquel tiempo. Verdad es que al principio no pensaba publicarlo; pero había difundido ya el escándalo entre amigos demasiado complacientes. Temía los peligros que podia traerle su indiscrecion, y no tenía medios para defenderse de los que abrigaban el deseo de participar de esta clandestina

produccion. Las voces que corrian por Paris, agitaban y turbaban la tranquilidad de su aislamiento. Él escuchaba desde lejos aquellas frases ligeras é ineficaces con que la voluble opinion quiso apreciar una fama contemporánea. Cuando quiso vengarse del abate Desfontaines, que pagando con la mas negra ingratitud sus beneficios, le había difamado en un libelo, tuvo el sentimiento de ver inclinarse al gobierno en favor de aquel contra quien pedía justicia, y reirse al público de los excesos y de la puerilidad de su cólera. Pero estos sinsabores no le impedían escribir otras obras. Dedicó al pontífice Benedicto XIV la tragedia titulada *Mahoma ó el Fanatismo*, cuya representacion no había permitido Crebillon, censor de teatros; el público aplaudió la feliz idea del poeta que había sabido armarse de un apoyo tan respetado, y el buen proceder del pontífice que sabía reparar á la religion de los males del fanatismo.

Á principios del año 1743, Voltaire, que no tenia aun cincuenta años, había llegado á aquel punto en que es muy difícil al hombre de genio dominarse á sí mismo. Ya eran conocidas sus producciones de mas mérito, cuando publicó la *Merope*. El público, conmovido por aquel cuadro tan verdadero y patético, había manifestado su entusiasmo y su reconocimiento con trasportes que no había excitado ni aun la presencia de Corneille y de Racine. La envidia no podía explicar cómo lo que llamaba solo bello espíritu podía producir impresiones tan vivas y profundas. La corte olvidaba los temores que hubiera podido ocasionarle; pero el clero no le perdonaba ataques mas rudos y directos. Hacía poco que había muerto el cardenal Fleury, y mientras los cortesanos se disputaban su herencia, Voltaire pidió la vacante que dejaba en la Academia francesa. El autor que aspiraba á una especie de dictadura en las letras, quería suceder á un ministro que había tenido por tanto tiempo en sus manos el poder político. Voltaire era auxiliado por los dos Argenson; pero Boyer, obispo de Mirepoix, hombre de mucho celo, á quien Luis XV para parecer piadoso había confiado el cargo de los beneficios vacantes, recibió tal sentimiento, y trabajó tanto, que quitó á Voltaire un honor literario tantas veces merecido. Luis XV experimentó un secreto placer al ceder á los escrúpulos del obispo de Mirepoix; porque aunque algo descuidado en el ejercicio de su propia autoridad, descubría en Voltaire un hombre que trataba de guiar á los reyes por medio de la opinion. Por esto no había querido verle nunca, y le agradaba tenerle siempre temiendo una orden de arresto. La duquesa de Chateauroux, á la cual ponderó el duque de Richelieu cuánto podía ayudar al triunfo de una favorita el flexible y seductor talento de Voltaire, tomó á su cargo el cambiar las ideas de su amante respecto de él; consiguió algun tanto, y pronto pareció que Voltaire entraba en la carrera de la ambicion bajo favorables auspicios. El gobierno se vió obligado á valerse de él para una mision importante cerca del rey de Prusia, que parece prefería la amistad de este á la de los monarcas. La mision tuvo buen resultado, aunque fué concluida con poca dignidad. Temiendo algunos ministros y particularmente el conde de Maurepas, que adquiriese importancia política un literato, cuyo espíritu de dominacion y cuya actividad eran bien conocidos, Voltaire fué recibido con mucha frialdad á su vuelta de Berlin, pero no por esto renunció á sus proyectos, obligándole el cuidado mismo de su seguridad personal á procurarse puestos y honores. Todos los ambiciosos se hacen hombres nuevos, renunciando completamente á toda otra pasion; pero Voltaire se prometía á sí mismo no desuiciar ningun medio para aumentar su propia fama, sin rechazar las tentaciones de la vanidad. El sostener un partido político no le parecía sino una obra mas que concluir; el agradar á los grandes un estudio ó mas bien un juego fácil, lo mismo que el captarse el afecto del lector.

La marquesa de Pompadour, que había sucedido á la duquesa de Chateauroux, quiso tener en Voltaire un poderoso apoyo contra el partido religioso que había derribado á la anterior favorita; declaróse, pues, abiertamente por Voltaire, y se rió de los que le temían. Luis XV no supo ya sustraerse á las instancias de su amante y á los elogios tan justamente tributados á Voltaire: el conde, y aun mas el marques de Argenson, trataban de dirigir en su nuevo camino al compañero de su juventud, y añadiendo á la filosofía el sentimiento del patriotismo, cantó los triunfos de la guerra, permaneciendo fiel á la causa de la humanidad. Dió un carácter nuevo á estos trabajos, que inspirados por los sucesos del dia pierden comunmente su mérito á los ojos de la posteridad, y aunque al celebrar las empresas contemporáneas fué ménos poeta que Boileau, supo como este dar provechosos consejos bajo el velo de los elogios. La oracion fúnebre de los oficiales muertos en la guerra de 1741, y el pánegrico del rey, tienen tal calor y tanta verdad que descubren en el autor un buen frances. El que compare esta con las demas producciones de Voltaire, conoce que para ser verdadero filósofo, le faltó ser hombre de Estado. Á falta de un medio de persuasion mas poderoso, la política le hubiera enseñado á respetar los límites que traspasó con tanta frecuencia. El favor principiaba á guiarle por el camino de la prudencia, pero pronto se desvaneció este sueño.

Madama de Pompadour le había colmado de honores: la Academia francesa le había abierto las puertas; le había sido conferido el cargo de historiador, á que Racine y Boileau se habían cuidado tan poco de corresponder; el puesto de gentilhombre del rey le unía á la corte; pero por inconstancia ó por política madama de Pompadour dirigió contra él una persecucion, que no pudo sufrir su amor propio. Sin manifestar signo alguno de desagrado ó de descontento, mostró por Crebillon un entusiasmo tan vivo, que parecía colocarle á mucha mayor altura que á Voltaire. Y aunque generalmente al público no le gusta seguir el partido de los favoritos, y aunque se levantaban entónces contra la Pompadour fuertes rumores, todos aparentaron participar de esta admiracion solo por humillar á Voltaire. No parecía sino que los Franceses eran arrebatados contra el escritor que había dirigido sus opiniones por espacio de treinta años, por un odio semejante al que los Atenieses mostraban contra sus ciudadanos poderosos, cuando temían que se convirtieran en tiranos; los escritores envidiosos de Voltaire, los sacerdotes á quienes había irritado, y todos aquellos á quienes había incomodado ocupándose demasiado de ellos, andaban repitiendo á porfía que Voltaire carecía de talento, que solo Crebillon le tenia. El *Catilina*, que hacía tanto tiempo había prometido, tragedia fria, incorrecta y caprichosa, fué recibida con entusiasmo. Voltaire que había superado ya á Crebillon en la *Semiramis*, creyó tambien fácil superarle en el *Catilina*, cuyos elogios oía en todas partes, y trató de dar á la *Roma salvada* la energia y la sublimidad de *Bruto*. Finalmente, rival obstinado rehacia la *Electra*, que era una de las glorias de Crebillon; pero el público no podía ver que se oponia con tanto ardor á su juicio, y colocaba á Crebillon en el tercer lugar entre los poetas trágicos. Voltaire, obligado á retirarse de la corte por los continuos elogios que oía tributar á su rival, no sabía adónde dirigir su despecho; en vano trataba, auxiliado por la condesa del Maine, de reconquistar á sus admiradores; la voz de una princesa que por tanto tiempo había sido la norma del gusto público, era muy poco escuchada, cuando resonaba la de una favorita caprichosa. La tranquilidad de la corte de Luneville, la vista de un pequeño Estado en que el benéfico Estanislao hacía florecer la felicidad y las bellas artes, apenas pudieron distraer á Voltaire de su disgusto; hasta que, roto el vínculo que le unía á su patria con la muerte de ma-